

La poesía de la generación del 27

De la generación del 27 se dijeron muchas y muy diferentes cosas, y también muchas veces las mismas cosas. Hay ideas que, por ajustarse a la realidad, es preciso repetir siempre, pero hay otras que únicamente por repetidas pueden llegar a ser tomadas como verdaderas, y de ideas de ambas clases se nutre nuestro conocimiento de la generación.

Teniendo en cuenta eso, y que desde 1925 —fecha en la que Cernuda data el nacimiento de su promoción— hasta hoy han transcurrido sesenta y cinco largos años, en gran parte pétreos y repetitivos años, y considerando que mucha de la bibliografía dedicada al tema fue escrita en una época propiciadora de parcialidades, de injusticias y de destierros todavía no suficientemente corregidos, pienso que es ya hora de someter a la prueba de la duda o incluso de la negación alguna de las nociones más reiteradas a propósito de la generación del 27.

El programa de esta reunión gaditana, con su amplísimo temario, es en sí mismo una respuesta correctora a un tópico que llegó a cobrar carta de naturaleza en manuales y panoramas críticos, y que Jaime Gil de Biedma fue uno de los primeros en denunciar. Cito sus palabras:

Según la imagen convencional, la generación del 27 es una generación de grandes poetas a quienes acompaña un solitario ensayista divagador, y también gran poeta a sus horas, José Bergamín. Que una generación literaria exclusivamente se componga de grandes poetas es uno de esos pintoresquismos a que nos tienen acostumbrados los historiadores de la literatura española.

Esa «imagen convencional» del fenómeno del 27 sólo podía desembocar en una visión deformadora y empequeñecedora del período más rico y creativo de nuestra historia moderna, en el que culmina el largo proyecto de universalidad puesto en marcha en el siglo XVIII. La España tradicionalista y conservadora había abortado siempre ese lúcido empeño y todavía, apenas

culminado, en 1936, le asestó un golpe de desgracia que parecía mortal, pero que por fortuna no lo fue: tras muchos años de presencia clandestina, el momento protagonizado por la generación del 27, hoy otra vez a la vista de todos, es la más valiosa y fértil referencia de la que disponemos los españoles en el dilatado campo de la cultura. No la disminuamos.

Una generación poética, entre otras muchas cosas

Hablar de la generación del 27 para nombrar únicamente a algunos poetas, aunque se trate de poetas admirables, desdibuja el riquísimo entorno en el que se produjeron y reduce aquel singular momento a una especie de maravillosa algarabía lírica cuya presencia en el vacío que tal rótulo —así aplicado— crea, no se acaba de entender muy bien. La poesía del 27 crece y cobra pleno sentido cuando la ponemos en contacto con cuanto, desde fuera de los versos, le sirvió de estímulo, cuando la relacionamos con todo lo que ella misma prestigió o contribuyó a crear en otros ámbitos: la música, el teatro, el cine, el arte popular, la pintura, incluso la política.

Se ha dicho que el relieve con que se destacó el protagonismo de la obra lírica del 27 está justificado por la relativa pobreza de la narrativa de la generación, y quizá sea así. Pero yo he llegado a pensar que esa visión reduccionista podía haber obedecido al deseo de dejar en segundo plano realidades incómodas de las que, durante años, fue difícil y poco conveniente tratar. La poesía, ya se sabe, si se limita a la mera gracia del canto y a la pureza de la emoción lírica, no perturba a nadie y puede bastar para dar prestigio a toda una época, sin hacer mención de todo lo demás. Sin embargo, la poesía, como Dios según santa Teresa, anda también entre cacharros muy heterogéneos. Tal es la verdad que se advierte en la obra lírica del 27, que no fue, en conjunto, tan pura como suele decirse, ni exclusivamente lírica. Y eso, la mezcla de muchas cosas en ella y en torno a ella, es lo que le confiere mayor grandeza; una grandeza que le cayó, en parte, del cielo o del infierno de la historia. Cito a Juan Gil Albert:

Sólo en esos momentos delirantes en que un pueblo, o la humanidad, por un trance especial o aventura sintomática, toca, aunque no sea más que con mano trémula, el fondo del abismo, al sentirse justiciero o feliz, el poeta se confunde con él como un hombre más y palpita al unísono, porque siente y sabe que en ese momento es puro, es verdadero, es sagrado. Es coincidente.

No creo que necesiten glosa esas palabras de Gil Albert, entre las que destacan dos que quiero subrayar: *confusión* y *coincidencia*. De ellas se desprende un corolario que confirma y resume las mías: no es posible entender a los poetas del 27, que vivieron sin reservas uno de esos excepcio-

nales «momentos delirantes», sin tener en cuenta todo aquello con lo que coincidieron, con lo que se fundieron.

Nómina de la generación

La tendencia reductora que afectó al concepto global de la generación es un peligro que gravita también sobre su vertiente lírica. Los estilos o etapas que definen el trabajo de los poetas, y la nómina de los poetas mismos —siempre los mismos— suelen presentarse en versiones de pequeño formato, reducidas y parciales.

Pondré algunos ejemplos, para que sepamos todos de lo que hablo.

En su libro *Los estilos poéticos en España desde 1900*, Gustav Siebenmann relaciona la poesía generacional con la vanguardia, el gongorismo, la pureza, el popularismo y la irracionalidad: todo muy justo. Pero, tras el detenido y brillante análisis de esas tendencias sucesivas, cuando esperaríamos encontrar una referencia a la estética del compromiso, el crítico, en un rápido esguince, cambia de época y pasa a estudiar la poesía española de posguerra. Es posible que se trate de un desplazamiento metodológicamente correcto, pero hay algo que invita a la duda: es más fácil denigrar la obra de Gabriel Celaya que la de Rafael Alberti.

El estudio y antología en dos volúmenes de Joaquín González Muela y Juan Manuel Rozas es también modelo de parcialidad, especialmente en la selección de documentos. En el capítulo dedicado a las revistas de la generación se recoge un único texto de José María Cossío en el que no se citan *Octubre* ni *Caballo verde para la poesía*. Al exponer las poéticas de cada autor en sus propios textos, cuando le llega el turno a Alberti, se eligen las palabras preliminares a *Marinero en tierra*. Tales palabras son muy bellas, pero dan una imagen muy insuficiente de lo que acabaría siendo la compleja cosmovisión del poeta, en la práctica y en la teoría.

Y así sucesivamente.

Semejantes errores —¿errores?— de apreciación están corregidos en otros estudios, como el admirable libro de Cano Ballesta, *La poesía española entre pureza y revolución*. Pero se trata de trabajos excepcionales, por su objetividad y su escasa frecuencia.

También la nómina generacional se presenta casi siempre en una versión minimalista que recoge únicamente algunas figuras imprescindibles, los poetas que Díez de Revenga, en su *Panorama crítico de la generación del 27*, llama «los ocho principales», a saber (por orden alfabético): Alberti, Aleixandre, Alonso, Cernuda, Diego, García Lorca, Guillén y Salinas. A ese núcleo invariable suelen añadirse los nombres de «los dos malagueños»: Altolaguirre y Prados.

A partir de ahí, las adiciones, cuando las hay, son menos previsibles. Las propuestas de antólogos y críticos son tan variables, que uno puede llegar a pensar que hay varias promociones de poetas que atienden por el mismo nombre, o que pertenecen a distintas épocas, a causa de las inclusiones de autores que, por exceso o defecto de años, se salen del marco generacional: León Felipe y Miguel Hernández, por ejemplo.

Estoy en principio de acuerdo en que los ocho poetas invariables merecen, por la calidad de su obra, ostentar el título de poetas del 27 por excelencia, pero no me parece justo presentarlos como los componentes por antonomasia de toda la generación, con carácter exclusivo y excluyente de gran parte de ella.

Tal equívoco es en gran medida el resultado de la voluntad de esos mismos poetas, que consiguieron crearse, como grupo, un perfil propio y bien delimitado dentro del amplio marco de su generación. Porque a tan reducida nómina se llega de modo natural, siguiendo sus indicaciones. Si entre todos los poetas que comenzaron a publicar en los años veinte aislamos los nombres que ellos hacen valer con más frecuencia en actos públicos, antologías y otros documentos pretendidamente «generacionales», lo que sale de esa criba es el selecto conjunto formado por ellos mismos, más uno o los dos malagueños.

Un ejemplo de cómo se llevó a cabo esa operación autoafirmativa: al final de su artículo «Una generación poética» dice Dámaso Alonso: «Cuando cierro los ojos recuerdo a todos en bloque, formando un conjunto, como un sistema que el amor presidía...». En la memoria de Dámaso Alonso, el «conjunto», el «sistema», «todos en bloque», «una generación», son Diego, Salinas, Guillén, García Lorca, Alberti, Aleixandre, Cernuda, Altolaguirre, y punto; éstos son todos.

Sin embargo, éstos no son todos. Hay otro grupo, el ultraísta, que debe ser considerado como parte de la generación. Pocas veces se hace así, sin embargo, quizá por culpa de los propios poetas ultraístas, empeñados en marcar para su uso exclusivo un territorio original, bien delimitado en sus manifiestos y revistas. Al final consiguieron lo que pretendían, y pasaron a la historia en calidad de representantes de sí mismos. El creacionismo, más escuela que grupo, ingresó en el reducto generacional con la obra de Gerardo Diego (y de Larrea), pero el ultraísmo, su hermano mayor en edad —quizá sólo unos meses mayor—, se quedó, sin tan buenos valedores, en unas equívocas afueras, como antecedente o referencia externa a una generación que es también la suya por derecho propio.

Y luego hay más poetas que nacieron dentro de los límites temporales considerados válidos para definir a la generación, al menos en su vertiente lírica: los años de 1891 y de 1905, fechas del nacimiento, respectivamente,